

Séneca

Sobre la firmeza  
del sabio

Sobre el ocio

Sobre la tranquilidad  
del alma

Sobre la brevedad  
de la vida

Traducción y notas  
de Fernando Navarro Antolín

ALIANZA EDITORIAL

Primera edición: 2010

Tercera edición: 2024

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / [www.elsuarez.com](http://www.elsuarez.com)

Imágenes: © iStock / Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y notas: Fernando Navarro Antolín, 2010

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-1148-513-5

Depósito legal: M. 30.063-2023

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## Prefacio

Sobre el acantilado, el sabio contempla, imperturbable, un mar de olas embravecidas estrellarse contra los espumantes escollos; en el palacio de Átalo, su mirada serena se pasea, indiferente, sobre las infinitas riquezas del rey de pasiones; en el Foro, cuando el cortejo de lictores aparta las volubles masas y abre paso al magistrado de turno, un mohín de desgana apenas si se dibuja en su rostro sosegado; en el postrer día y en la postrera hora, el dueño-de-sí-mismo mira de frente, con entereza, a la negra muerte, derrotada.

Libre y liberador, el-que-se-conoce-a-sí-mismo, aún recogido en sí mismo, se abre y se entrega a los demás, para liberarlos, para interiorizarlos; el nuevo sabio, activo, sueña la utopía senecana de una sociedad universal de hermanos y conciudadanos del mundo, de hombres íntimos y libres de bienes, pasiones y temores.

No, no era Séneca un pensador original, tampoco un filósofo profesional, pero sí un moralista pragmático. Atento siempre a la dimensión humana, lejos de lo metafísico y trascendental, con palabra sencilla nos regala consejos y reflexiones de uso

cotidiano: sobre la amistad, la vejez, el ocio, etc. Nada de austeridad y rigor extremo: aunque de escuela estoica, es capaz de citar una buena máxima de Epicuro, o de recurrir a una vulgar anécdota «callejera», si una u otra le permiten burlarse de los falsos valores de la multitud necia. Séneca, como antes Horacio, ofrece la cara más humana del estoicismo. Sus páginas saben a hombre. No predica una moral para superhéroes, sino una ética digna para el individuo anónimo al que amenazan los embates del azar y las presiones sociales. Y frente al mundo hostil, ofrece soluciones prácticas y reales. O mejor dicho, la solución: el poder del yo, solitario y libre. De ahí su éxito y su plena actualidad.

*Gutta lapidem cavat.*

Fernando Navarro Antolín  
Huelva, septiembre de 2009

A Sereno,  
Sobre la firmeza del sabio



El sabio no recibe ni ultraje físico ni ofensa moral

No sin razón, Sereno<sup>1</sup>, podría yo decir que entre los estoicos y los demás filósofos hay tanta diferencia como entre las hembras y los machos, pues ambos sexos contribuyen por igual a la vida en sociedad, pero unas han nacido para obedecer, los otros para mandar. Los demás filósofos actúan con maneras amables y persuasivas, tal como los médicos caseros y de familia, quienes para sanar a los enfermos casi nunca emplean el remedio mejor y más eficaz, sino el que éstos les permiten<sup>2</sup>. Los estoicos, que acometieron una senda viril, no se cuidan de que nos parezca agradable cuando la emprendemos, sino de que nos arrebate cuanto antes y nos eleve hacia aquella alta cumbre que se yergue tan fuera del alcance de todo proyectil que descuella por encima de la fortuna<sup>3</sup>. «Pero el sendero por donde se nos invita a caminar es escarpado y pedregoso.» ¿Y qué? ¿Se llega a las alturas por el llano? En cualquier caso, no es realmente tan abrupto como algunos se imaginan. Sólo la primera parte tiene rocas y peñascos y aspecto de ser impracticable, tal como

muchos parajes, vistos de lejos, suelen parecer abruptos y macizos, puesto que la lejanía engaña a la vista; luego, a medida que se van acercando, aquellos mismos lugares que la confusión visual había amontonado, poco a poco se separan. Entonces, lo que por la distancia les parecía un despeñadero, se torna ligera pendiente.

Hace poco, al mencionar alguien a Marco Catón<sup>4</sup>, te indignaste, incapaz como eres de soportar la injusticia, porque su generación lo hubiera comprendido tan poco, pues a Catón, que descollaba por encima de los Pompeyos y de los Césares, lo había considerado por debajo de los Vatinius<sup>5</sup>, y te parecía indignante que, en cierta ocasión en que iba a oponerse a una ley, le hubieran arrebatado la toga en el Foro y que, llevado a empujones por una banda de sediciosos desde los Rostros hasta el Arco de Fabio<sup>6</sup>, hubiera soportado insultos, salivazos y todas las demás ofensas propias de una chusma enloquecida.

Te respondí entonces que tenías motivo para preocuparte con respecto a la república, pues Publio Clodio<sup>7</sup> por un lado, y Vatinio y los más abyectos entre los abyectos por el otro, la estaban poniendo en almoneda, y, cegados por codicia, no se percataban de que, vendiéndola, se vendían a sí mismos. En lo que respecta a Catón, te exhorté a que te estuvieras tranquilo: pues el sabio no puede recibir ningún ultraje ni ofensa, y los dioses inmortales, como ejemplo de varón sabio, nos dieron a Catón, un ejemplo más auténtico que Ulises y Hércules para las prime-



ras generaciones<sup>8</sup>. A éstos nuestros estoicos los proclamaron sabios, invictos en sus trabajos, despreciadores del placer y vencedores de todos los espantos. Catón no luchó cuerpo a cuerpo con fieras, pues acosar fieras es propio del cazador y del hombre de campo, ni persiguió monstruos a hierro y fuego, ni le tocó vivir en los tiempos en que era posible creer que el cielo reposa sobre los hombros de un solo hombre<sup>9</sup>: una vez desterrada la primitiva credulidad y conducido el mundo a la cima del conocimiento, peleó contra el cohecho, lacra que adopta muchas formas, y contra la ambición desmesurada de poder, imposible de saciar ni aun dividiendo el orbe entero entre tres hombres<sup>10</sup>; se mantuvo firme, el único, frente a los vicios de una ciudad degenerada y que tocaba fondo por su propia mole, y detuvo la caída de la república, en la medida en que la mano de un solo hombre podía contenerla, hasta que, arrastrado por ella, compartió la ruina que tanto tiempo había él retrasado, y se extinguieron a la vez, indisolubles como eran; pues ni Catón sobrevivió a la libertad, ni la libertad a Catón<sup>11</sup>. ¿A éste piensas tú que pudo el pueblo hacerle ultraje porque lo despojó de la pretura y de la toga, porque salpicó con las inmundicias de su boca aquella sagrada cabeza? El sabio está a salvo y ningún ultraje u ofensa puede afectarle.

Me parece ver tu ánimo en ascuas y en ebullición, te dispones a gritar: «Cosas así son las que restan autoridad a vuestros preceptos<sup>12</sup>. Prometéis grandes cosas, que ni siquiera se pueden desear y

mucho menos creer<sup>13</sup>. Luego, con lenguaje altisonante, negáis que el sabio sea pobre: no negáis que normalmente no tiene esclavos, ni techo ni comida; negáis que el sabio esté loco: no negáis que se enajena y profiere palabras poco cuerdas, y se atreve a todo a cuanto le obliga la virulencia de su enfermedad; negáis que el sabio sea esclavo: igualmente no negáis que será vendido, que hará lo que se le mande y que realizará para su dueño trabajos serviles. De este modo, arqueando bien alto las cejas<sup>14</sup>, caéis tan bajo como las demás escuelas, mudando tan sólo los nombres de las cosas<sup>15</sup>. Sospecho, pues, que algo así hay también en esto que decís, cosa hermosa y magnífica a primera vista: que el sabio no recibirá ni ultraje ni ofensa. Pero importa mucho si situas al sabio fuera del alcance de la indignación o fuera del alcance del ultraje. Porque si dices que lo soportará con buen ánimo, no tiene ningún privilegio; le fue dado algo común y corriente que se aprende con la propia reiteración de los ultrajes, la paciencia. Y si dices que no recibirá ultraje, esto es, que nadie intentará hacérselo, deo todos mis asuntos y me hago estoico».

En verdad, no era mi intención adornar al sabio con un honor ficticio y puramente verbal, sino colocarlo en una posición donde no esté permitido ningún ultraje. «¿Qué, pues? ¿No habrá nadie que le provoque, que le ponga a prueba?» Nada en el mundo hay tan sagrado que no encuentre quien lo profane; pero no por eso las cosas divinas están menos en las alturas, porque haya quienes traten de

alcanzar una grandeza colocada muy lejos de su alcance y que nunca tocarán. Invulnerable es no lo que no recibe golpes, sino lo que no sufre daño. Por este rasgo característico te haré conocer al sabio. ¿Cabe alguna duda de que la fortaleza no vencida es más fiable que la no atacada, dado que las fuerzas nunca puestas a prueba son dudosas, mientras que la firmeza que rechaza todas las acometidas, se tiene con razón por la más fiable? Has de saber, por tanto, que el sabio es de mejor naturaleza si ningún ultraje le daña, que si no hay ultraje; y llamaré valiente al hombre al que no someten las guerras ni arredra el avance de la hueste enemiga, no al que disfruta de una paz regalada en medio de pueblos ociosos. Afirmo, pues, lo siguiente: que el sabio no está expuesto a ningún ultraje. No importa, por tanto, cuántos dardos se arrojen contra él, puesto que es impenetrable a todos<sup>16</sup>. Tal como la dureza de algunas piedras es inexpugnable al hierro, y el diamante ni se puede cortar ni horadar ni desgastar, sino que, antes bien, mella lo que lo golpea; tal como algunas cosas el fuego no las puede consumir, sino que, envueltas en llamas, conservan su dureza y sus formas; tal como algunos escollos<sup>17</sup>, adentrándose en el mar, rompen las olas y, azotados tantos siglos, no muestran traza alguna de violencia, así es de sólido el ánimo del sabio. Ha acumulado tal vigor que está tan a salvo del ultraje como las cosas que he mencionado.

«¿Qué, pues? ¿No habrá nadie que intente hacerle al sabio un ultraje?» Intentarlo, sí, pero el ul-

traje no llegará hasta él; pues la distancia que le separa del contacto con las cosas inferiores es demasiado grande, como para que alguna fuerza dañina pueda hacer llegar hasta él sus fuerzas. Y aunque los poderosos, elevados por el mando y fuertes por el respaldo de sus siervos, pretendan dañarlo, todos sus ímpetus cederían tan lejos de alcanzar la sabiduría como los proyectiles que se lanzan a lo alto con arco o catapultas, aunque se elevan más allá del alcance de la vista, tuercen, no obstante, su trayectoria sin alcanzar el cielo. ¿Qué? ¿Piensas tú que, cuando aquel necio rey oscureció el día con una nube de flechas, alguna saeta cayó en el sol, o que, cuando arrojó cadenas al fondo del mar, logró tocar a Neptuno?<sup>18</sup>. Tal como las cosas celestiales escapan a las manos humanas y en nada dañan a la divinidad los que arrasan templos y funden estatuas, así, todo lo que se hace contra el sabio con insolencia, arrogancia y soberbia se intenta en vano. «No obstante, sería preferible que no hubiera nadie que quisiera hacerlo.» Cosa difícil deseas a la raza humana: la inocencia. Que no se haga, interesa a quienes pretenden hacerlo, no a quien ni siquiera puede sufrirlo, aunque se haga. Es más, no sé si muestra mejor la fuerza de la sabiduría la calma en medio de las provocaciones<sup>19</sup>, tal como la mayor prueba a favor de un general poderoso en armas y en tropas es la completa seguridad en territorio enemigo.

## Distinción entre ultraje físico y ofensa moral

Distingamos, si te parece, Sereno, el ultraje de la ofensa. El primero es, por su naturaleza, más grave; la segunda, más leve, y grave sólo para los más delicados, pues no hiere a los hombres, los ofende. Tan grande es, sin embargo, la debilidad y la vanidad de los espíritus, que hay quienes piensan que no hay nada más amargo; de este modo, hallarás un esclavo que prefiera sufrir azotes a recibir bofetadas y que considere la muerte y los latigazos más soportables que los insultos. A tal grado de desatino hemos llegado que nos angustia no sólo el dolor sino la idea del dolor. Somos como niños a quienes infunde miedo una sombra, las máscaras grotescas o un rostro desencajado<sup>20</sup>, pero les hacen llorar los nombres poco agradables al oído, y los movimientos de los dedos y demás cosas de las que salen huyendo con el ímpetu propio de un horror imprevisto.

## El sabio es inmune al ultraje

El ultraje tiene este propósito: hacer mal a alguien; pero la sabiduría no deja lugar al mal, pues para ella el único mal es la indecencia, que no puede entrar allí donde ya están la virtud y la honradez. Por tanto, si no hay ultraje sin mal, ni mal sin indecencia, pero lo indecente no puede alcanzar a quien está ocupado en cosas honestas, entonces el ultraje no alcanza al sabio. Pues si ultraje es padecer algún

mal, y el sabio no puede padecer ningún mal, ningún ultraje alcanza al sabio. Todo ultraje es una merma para aquel contra el cual arremete, y nadie puede recibir un ultraje sin detrimento ninguno, bien de su dignidad, bien de su cuerpo, o bien de sus bienes externos. Pero el sabio no puede perder nada: todo lo lleva consigo, no confía nada a la fortuna, tiene sus bienes en lugar seguro, contento con su virtud, que no precisa del azar y por ello no puede crecer ni menguar; pues, por una parte, cuando una cosa ha sido llevada a su perfección no tiene posibilidad de incremento, y la fortuna, por otra parte, no arrebatada nada más que lo que ha dado; ahora bien, no da virtud, por tanto tampoco la quita: es independiente, inviolable, inmutable, inquebrantable, y tan inflexible frente al azar que ni siquiera puede ser doblegada y mucho menos vencida. Frente a los instrumentos de terror mantiene los ojos impertérritos, sin inmutar su rostro, ya se pongan ante sus ojos sucesos prósperos como adversos. En consecuencia, no perderá nada que pueda sentir como pérdida, porque su única posesión es la virtud, de la cual no puede jamás ser desposeído: de las demás cosas apenas si usa. ¿Pero quién se lamenta de la pérdida de lo ajeno? Y si el ultraje no puede causar daño a ninguna de las posesiones del sabio, puesto que, si su virtud está a salvo, sus bienes están a salvo, no se puede hacer ultraje al sabio.

Tras la toma de Mégara, Demetrio, apodado Poliorcetes<sup>21</sup>, le preguntó al filósofo Estilpón<sup>22</sup> si había

perdido algo, y éste le respondió: «Nada; todo lo mío está conmigo». Y, sin embargo, su hacienda había pasado a formar parte del botín, a sus hijas las había raptado el enemigo, su patria había caído bajo la dominación extranjera, y a él mismo, el rey, rodeado de las armas de su victorioso ejército, lo estaba interrogando desde un lugar más elevado<sup>23</sup>. Pero él le echó por tierra su triunfo, demostrando que, aunque su ciudad había sido tomada, él quedaba no sólo invicto, sino indemne; pues tenía consigo los verdaderos bienes, a los que nadie puede echar mano<sup>24</sup>; en cambio, los que se llevaban como pillaje y rapiña no los consideraba suyos, sino accidentales y fortuitos. Por eso los había estimado como ajenos, pues la posesión de todo lo que nos viene de fuera es escurridiza e insegura.

Juzga tú ahora si un ladrón, o un calumniador, o un vecino insolente, o algún rico que ejerza la tiranía de una vejez sin hijos<sup>25</sup>, puede hacerle ultraje a este sabio, a quien ni la guerra, ni el enemigo, ni aquel experto en el egregio arte de arrasarse ciudades pudieron arrebatarse nada. Entre las espadas que centelleaban por todas partes y el tumulto de la soldadesca entregada al saqueo, entre las llamas, la sangre y las ruinas de la ciudad arrasada, entre el estruendo de los templos desplomándose sobre sus dioses, sólo para un hombre hubo paz. No hay, pues, motivo para que juzgues temeraria mi proposición, y si me concedes poco crédito, te daré un fiador. Pues te cuesta creer que tanta firmeza y tanta grandeza de espíritu pueda darse en un hombre;

pero él<sup>26</sup> comparece y dice: «No hay razón para que dudes de que un ser humano pueda elevarse por encima de la humanidad, y contemplar, sereno, los sufrimientos, los daños, las úlceras, las heridas, las grandes perturbaciones de la naturaleza que rugen a su alrededor, y sobrellevar con calma las dificultades y con moderación la prosperidad, sin rendirse ante aquéllas ni confiarse en éstas, y seguir siendo él mismo en situaciones diversas, y no considerarse dueño de nada salvo de sí mismo, y de sí mismo, además, en la parte en que es mejor<sup>27</sup>. Aquí estoy yo, dispuesto a probaros lo siguiente: que bajo el mando de este destructor de tantas ciudades las murallas se tambalean al golpe de ariete, y la altura de las torres de repente se desmorona a causa de las minas y de las fosas subterráneas, y el terraplén se acrecienta hasta igualar los baluartes más elevados, pero no puede inventar máquinas capaces de remover el alma bien cimentado. Acabo de salir a ras-tras de las ruinas de mi casa y, mientras brillaban incendios por todas partes, he escapado de las llamas no sin derramar sangre. Ignoro qué destino rige a mis hijas, y si es peor que el de la patria; solo y senil, y viéndolo todo hostil a mi alrededor, afirmo, sin embargo, que mi hacienda está íntegra e intacta: poseo, tengo todo lo que de mí he tenido. No hay razón para que me creas a mí vencido y a ti vencedor: tu fortuna fue la que venció a mi fortuna. Aquellos bienes caducos y que cambian de dueño no sé dónde están; en lo que respecta a mis bienes, están conmigo y conmigo estarán. Los ricos de



Mégara han perdido sus riquezas; los libidinosos sus amoríos y sus cortesanas, amadas a costa del alto precio de la reputación; los ambiciosos la curia, el Foro, y los lugares destinados al ejercicio público de sus vicios; los usureros han perdido los registros, en los que la avaricia, fingidamente alegre, se imagina riquezas: yo, en verdad, lo tengo todo íntegro y a salvo. Así que pregunta a esos que lloran y se lamentan, y a los que, por defender su dinero, oponen sus pechos desnudos a las espadas desenvainadas y a los que huyen del enemigo con la bolsa repleta»<sup>28</sup>.

Por tanto, ten por cierto, Sereno, que el hombre perfecto, colmado de virtudes humanas y divinas, nada pierde. Sus bienes están ceñidos de fortificaciones sólidas e inexpugnables. No podrías comparar con ellas los muros de Babilonia, que traspasó Alejandro<sup>29</sup>, ni las murallas de Cartago o de Numancia, tomadas por la misma mano<sup>30</sup>, ni el Capitolio y su ciudadela<sup>31</sup>, que conservan las trazas del enemigo. Las que defienden al sabio están a salvo del fuego y del asalto, infranqueables, excelsas, inexpugnables, iguales a los dioses.

El sabio, al ser superior, no puede ser dañado por nada inferior

No hay razón para que digas, como sueles, que este sabio nuestro no se halla en parte alguna. No es él una invención nuestra, una gloria imaginaria de la

naturaleza humana, ni es un concepto nuestro, una imagen exagerada de algo falso, sino que lo hemos mostrado en carne y hueso, tal cual lo describimos, y lo volveremos a mostrar, raras veces quizás, y uno solo tras largos intervalos de tiempo; pues las cosas grandes y que exceden la media normal y corriente no se producen con frecuencia. Por lo demás, este mismo Marco Catón, cuya mención dio paso a este debate<sup>32</sup>, mucho me temo que está por encima de nuestro modelo.

En fin, lo que daña debe ser más fuerte que lo dañado. Pero la maldad no es más fuerte que la virtud. En consecuencia, el sabio no puede ser dañado. Sólo los malos intentan hacer un ultraje contra los buenos; entre los buenos hay paz; los malos son tan perniciosos para los buenos como entre ellos. Y si sólo el más débil puede ser dañado, pero el malo es más débil que el bueno; y si los buenos sólo deben temer un ultraje por parte de uno que no es bueno, entonces el ultraje no acaece contra el varón sabio. Pues no tengo ya que recordarte que no hay nadie bueno salvo el sabio. «Si Sócrates», dices, «fue condenado injustamente, sufrió un ultraje». En este caso debemos comprender que puede suceder que alguien cometa un ultraje contra mí y yo no lo sufra; por ejemplo, si alguien dejara en mi casa algo que sustrajo de mi finca, cometería hurto pero yo no perdería nada. Se puede ser dañino sin haber causado daño. Si alguien se acuesta con su esposa pensando que es la mujer de otro, será adúltero, aunque su mujer no lo sea. Alguien me admi-

nistró veneno, pero, al mezclarse con la comida, perdió su eficacia; al administrarme el veneno, se hizo reo de un crimen, aunque no causó daño. No es menos asesino aquel cuyo puñal se evitó porque se interpuso la ropa. Todos los crímenes, incluso antes de su ejecución, se han consumado, por cuanto hay culpabilidad suficiente<sup>33</sup>. Hay cosas de tal naturaleza y de tal suerte asociadas que la una puede existir sin la otra, la otra no puede existir sin la una. Intentaré dejar claro lo que digo. Puedo mover los pies sin correr; no puedo correr sin mover los pies. Puedo no nadar, aunque esté en el agua; si nado, no puedo no estar en el agua. De tal naturaleza es también esto de lo que estamos tratando: si sufrí un ultraje, es fuerza que se cometió; si se cometió, no forzosamente la sufrí yo. Pues pueden sobrevenir muchas circunstancias que desvíen el ultraje. Tal como el azar puede abatir la mano amenazadora y desviar las flechas disparadas, así alguna circunstancia puede repeler cualquier ultraje e interceptarlo a medio camino, de modo que se haya cometido pero no sufrido.

El sabio, tal como no recibe bien de nadie,  
tampoco ultrajes

Además, la justicia no puede padecer nada injusto, puesto que los contrarios no se asocian. Ahora bien, un ultraje no puede hacerse sino injustamente; luego al sabio no se le puede hacer ultraje. No hay ra-

zón para que te asombres si nadie puede hacerle ultraje: tampoco nadie puede beneficiarle. Por un lado, al sabio no le falta nada que pueda recibir como beneficio; por otro lado, el malo no puede dar nada digno del sabio; pues, antes de dar, hay que tener, pero nada tiene que el sabio pueda alegrarse de que se lo dé.

Por tanto, nadie puede dañar o favorecer al sabio, pues las cosas divinas ni precisan de favores ni pueden recibir perjuicios, y el sabio, por su parte, se sitúa próximo y cercano a los dioses, semejante a un dios, salvo por su condición mortal<sup>34</sup>. En tanto se esfuerza y encamina hacia aquellas regiones excelsas, ordenadas, serenas, que se mueven con un curso rítmico y armonioso, apacibles, benévolas, creadas para la felicidad del mundo, y saludables para sí mismos y para los demás, no anhelará nada abyecto, ni llorará por nada. Quien, apoyándose en la razón, avanza por entre las vicisitudes humanas con espíritu divino, no tiene dónde recibir un ultraje. ¿Piensas que hablo sólo acerca del hombre? Ni siquiera acerca de la fortuna, que, cada vez que se topó con la virtud, se retiró impotente. Si lo más grave, más allá de lo cual no tienen nada con que amenazarnos las leyes airadas y los dueños más crueles, la muerte, en la cual la Fortuna agota sus poderes, la aceptamos con calma y resignación, y sabemos que la muerte no es un mal<sup>35</sup>, y por tanto tampoco un ultraje, toleraremos mucho más fácilmente las restantes cosas, daños y dolores, ignominias, cambios de lugar<sup>36</sup>, pérdida del cónyuge o de

los hijos, divorcios, cosas que al sabio, aunque le sobrevengan todas al mismo tiempo, no lo hundan, mucho menos se aflige ante las acometidas de cada una por separado. Y si soporta con resignación los ultrajes de la Fortuna, ¡cuánto más los de los hombres poderosos, que sabe que son instrumentos de la Fortuna!

Así pues, todo lo sufre del mismo modo que sufre el rigor del invierno y la inclemencia del cielo, las fiebres y las enfermedades y demás accidentes fortuitos, y no tiene tan buena opinión de cualquiera que piense que hizo algo con reflexión, cosa que sólo se da en el sabio. Lo propio de todos los demás no son las reflexiones, sino los engaños, las trampas y los movimientos desordenados de los espíritus, cosas que el sabio cuenta entre los imprevistos. Ahora bien, todo lo fortuito se ensaña a nuestro alrededor y contra las cosas sin valor.

Piensa, además, en que para los ultrajes se abre un vasto campo en aquellos procedimientos por medio de los cuales se anda buscando pleitos contra nosotros; por ejemplo, sobornar a un delator, acusar falsamente, azuzar la antipatía de algún poderoso contra nosotros, y otros fraudes que son propios entre togados. Son también frecuentes los siguientes ultrajes: cuando a alguien le han sustraído las ganancias o la recompensa tanto tiempo perseguida, o cuando le han arrebatado una herencia lograda<sup>37</sup> con gran esfuerzo o se le ha privado del favor de una familia ricachona. De estas cosas huye el sabio, que no sabe vivir ni para la esperanza ni para el miedo.

Añade ahora que nadie recibe un ultraje sin que se altere su ánimo, sino que, al sufrirlo, se perturba; en cambio, es imperturbable el varón libre de extravíos, dueño de sí mismo, de una quietud profunda y apacible. En efecto, si el ultraje le toca, le mueve y le empuja; ahora bien, el sabio está libre de la ira que suscita la apariencia de ultraje, y de ningún modo estaría libre de ira si no estuviera igualmente libre de ultraje, que sabe que no se le puede hacer<sup>38</sup>. De ahí que está tan erguido y alegre, de ahí que se deja llevar por un continuo júbilo; al contrario, hasta tal punto no se doblega ante las ofensas de las cosas y de los hombres que le resulta útil el propio ultraje, mediante el cual consigue experiencia de sí mismo y pone a prueba su virtud.

Apoyemos, os lo ruego, este propósito y secundémoslo con oído y ánimo favorable, mientras el sabio se libra del ultraje. Pues no por eso se resta nada a vuestra petulancia, a vuestros avidísimos deseos, a vuestra ciega temeridad y arrogancia; a salvo vuestros vicios, se busca esta libertad para el sabio. No actuamos para que vosotros no podáis hacer ultraje, sino para que él pueda echar abajo todos los ultrajes y defenderse con paciencia y grandeza de ánimo. De este modo vencieron muchos en las competiciones sagradas, fatigando con obstinada paciencia las manos de quienes les golpeaban. Considera al sabio de esta clase, la de aquellos que, con un entrenamiento prolongado y constante, adquirieron la fortaleza para resistir y agotar toda la fuerza del adversario.